

SOBRE CIENTÍFICOS, POLÍTICAS Y CONOCIMIENTO SOCIAL

RAFAEL HERNÁNDEZ.

DIRECTOR REVISTA TEMAS

Estos comentarios apresurados empiezan por colocarse un paso atrás del tema de este panel --las políticas sociales--, para tratar de apuntar algunas áreas de problemas que atañen a las relaciones entre ciencias sociales, sociedad y políticas. Me voy a referir a cuatro de estas áreas.

Las ciencias como prácticas de sujetos sociales determinados.

La primera pregunta que podríamos hacernos es la de qué ha cambiado en los sujetos sociales que hacen ciencia en Cuba, en sus actitudes y conductas, en su cultura científica y política, en sus ideas acerca de su papel en la sociedad.

Esta pregunta nos conduce a una cadena de interrogantes.

En primer lugar, ¿para quién nos proponemos investigar y para quién escribimos los científicos sociales? En alguna medida, esta definición, explícita o tácita, esta condicionando la índole del trabajo que hacemos. En efecto, si comparamos con los años 60, 70, 80, pero también con los primeros 90: ¿de qué otra manera nos colocamos hoy ante los problemas de investigación, qué factores nos llevan a escogerlos, en qué términos formulamos nuestras conclusiones, y presentamos o sugerimos caminos alternativos? ¿Qué nos preguntamos acerca del método científicamente correcto de hacer investigaciones sociales --y sobre todo, qué hemos dejado de plantearnos? ¿Están nuestras hipótesis construidas sobre leyes o regularidades conocidas de antemano? ¿O quizás sobre una frase de algún autor leído hace poco, que capta nuestras propias intuiciones? Y finalmente, una cuestión directamente relacionada con la primera: ¿cuáles expectativas tenemos ante la introducción en la práctica social de nuestros posibles resultados?

Si ahora estamos más cerca de las ciencias que se hacen en América Latina, Europa y Estados Unidos --o, como hemos escuchado en este panel, incluso al tanto de lo que se hace en China--, ¿qué influencia tiene en nosotros esa producción, cómo la asimilamos

y la hemos incorporado a nuestro trabajo? ¿Leemos hoy de la misma manera los estudios cubanos hechos fuera de Cuba, acerca de nuestros propios temas de investigación? ¿Los rechazamos en bloque por no compartir nuestras premisas y criterios –o los aprovechamos de alguna manera?

Finalmente, ¿qué razones asumimos para no investigar lo que quisiéramos investigar? ¿Cómo lidiamos con nuestros proyectos y aspiraciones irrealizados, con el estudio de problemas que no alcanzamos a abordar, con las hipótesis y propuestas que se nos quedan engavetadas, con los territorios de la no investigación?

En lugar de intentar responder a todas estas cuestiones desde mi opinión y expectativas personales, prefiero acumular algunas constataciones derivadas de algunas “observaciones participantes”.

En primer lugar, ese sujeto que practica ciencia social es heterogéneo. Desde esta mesa se puede advertir, mirando al grupo reunido en este taller, lo heterogéneo, múltiple y diverso que es. En él convergen simultáneamente una variedad de formaciones, generaciones, posiciones y credos científicos --si me permiten usar esta expresión.

Coexisten aquí las perspectivas de aquellos cincuentones y sesentones que se iniciaron en el trabajo social cuando fueron a alfabetizar en 1961, y las de los jóvenes que decidieron quedarse en Cuba para dedicarse a la investigación social, a pesar del Período especial, en vez de emigrar para otra parte.

Si nos imagináramos con la apariencia de una formación geológica, entre nosotros se podrían apreciar estratos y sedimentos tan disímiles como el comunismo científico y la postmodernidad, el marxismo- leninismo ortodoxo y las ciencias políticas positivas, el estructuralismo y el ateísmo científico, el empirismo de las encuestas y el de la comprobación de regularidades.

Nuestros intereses y agendas de investigación reúnen asuntos que se ubican en extremos polares. Por ejemplo, el cultivo de la pedagogía mayorista del *hombre nuevo* –científico, deportista, modélico-- y la minorista del ser diferente --minusválido o gay

o marginal--; la excavación en nuestros patrones cívicos --morales, patrióticos, históricos-- y en nuestras propias y particularísimas formas de corrupción.

Seguramente en esta sala podemos encontrar al menos toda esta variedad, y alguna más –incluyendo la de los que en los últimos tiempos han incorporado a su discurso conceptos controversiales mencionados en este taller, como *capital humano* o *empowerment*. Somos realmente un grupo bastante diverso y complejo, interconectado en redes horizontales, formales e informales, desde una serie de instituciones, en alguna medida convergentes y al mismo tiempo muy diferentes, tanto entre nosotros mismos como respecto a otros sectores del conocimiento y la cultura.

La cultura de los científicos.

Según muchos científicos, y en correspondencia con el *sentido común* –ese al que Antonio Gramsci solía oponer lo que él llamaba el *buen sentido*--, la ciencia social, o la ciencia a secas, resulta la forma apropiada del conocimiento, identificable por ofrecer una dimensión formalizada y expresable en términos cuantitativos de las cosas que nos rodean, y por gozar del atributo de representar la realidad objetiva. Esta objetividad se valoriza por su contenido empírico, por haber sido sometida a comprobaciones estadísticas que la certifican como representativa, por la masa de información que provee y por describir con precisión geométrica los fenómenos que aborda. Esta concepción de la ciencia y del conocimiento sigue impregnando, en buena medida, el modo de pensar de numerosos científicos e intelectuales, incluidos algunos del mundo llamado “la cultura”.

Se manifiesta aquí una antigua dicotomía: la que separa y opone dos tipos de conocimiento, dos ciencias. Las primeras son las exactas o naturales –también llamadas *duras*-- y las humanas o sociales --por exclusión, *blandas*. Los científicos sociales venimos siendo la parte más blanda del conocimiento, aunque siempre menos blanda que la de los artistas y escritores, cuyas formas de conocimiento no serían objetivas, es decir, no captarían lo real.

Según esta división, la ciencia (incluidas las sociales) se ocupa de “la verdad, de lo cierto y de lo útil”, mientras que el arte lo hace “de lo bello y de la reflexión sobre lo bello”. Los artistas tomarían al propio hombre y sus emociones como sujeto y objeto

de contemplación, mientras que los científicos centrarían su atención en la naturaleza, incluyendo esa parte de esta que es el propio hombre.

Al extremo de esta escala de dureza, se encuentran las prácticas de saberes tradicionales –la medicina tradicional, la homeopatía, etc.-- descalificadas por muchos como pseudociencias, o simplemente supersticiones.

Estas representaciones, que mantienen su valor de uso en el discurso circulante en muchos medios institucionales cubanos, no son ni siquiera positivistas, pues sus conceptos y terminología remiten a un tipo de pensamiento cuyo apogeo tuvo lugar con el iluminismo del siglo XVIII. Ignoran de hecho –aunque se acepte a nivel del discurso-- que las ciencias y las artes son formas del conocimiento social, no meras oscilaciones del espíritu humano entre la verdad objetiva y el goce de los sentidos. Y que tanto unas como otras forman parte del saber que nutre una cultura en un momento histórico, presente al mismo tiempo en la mente lúcida e ilustrada de un científico y en el *buen sentido* de otro ciudadano igual de despierto

El conocimiento social contemporáneo aspira a dar cuenta de su objeto como totalidad, decía Marx; como dialéctica de lo concreto, decíamos nosotros hace un tiempo; como complejidad, decimos más recientemente. Pero la perspectiva de la totalidad no resulta de un agregado de estudios locales, de un análisis de microparcelas que luego se empatan, de enfoques monodisciplinarios cosidos entre sí. La totalidad, lo concreto dialéctico o la complejidad no se constituyen simplemente como el mapa de un tesoro que se ha fragmentado y que el capitán de los piratas va reuniendo para poder ubicar el cofre. Porque la verdad no radica en un cofre, ni en ningún lugar. Lo que le da sentido al conocimiento como proceso no lineal consiste en ese ejercicio de sucesivas aproximaciones a la verdad, que avanza en la medida de nuestra capacidad para pensarla con otra cabeza, en un espacio total, y de construirla rebasando las consabidas antinomias: representativo / no representativo, interno / externo, cuantitativo / cualitativo.

Pero no es posible trasponer estas antinomias encerrando la investigación en parcelas. ¿Cómo comprender a fondo los problemas locales si no se miran en su interacción dentro del sistema? ¿Cómo estudiar el sistema en su funcionamiento, o su

disfuncionamiento, si solo podemos conocer e investigar sus pedacitos? La multi y la transdisciplinariedad, los enfoques holísticos y desde la perspectiva de la complejidad, no son favorecidos por las formas establecidas con que se enseñan las ciencias, se practican y casi siempre se organizan. Estas no solo se encuentran segregadas entre sí, sino separadas de la educación superior, la cultura y la comunicación social. Tal división político-administrativa las compartimenta y las centraliza, impidiendo o dificultando que se comuniquen, se retroalimenten y se constituyan en un saber socialmente utilizable –es decir, en una cultura.

Las ciencias sociales y sus políticas.

A veces se reduce la relación entre ciencia y política al posible uso que los organismos políticos y estatales puedan hacer de las ciencias, cuando se trata de un problema mucho más complejo.

De hecho, los Estados y gobiernos siempre han usado las teorías y propuestas científicas para sus propios fines. Véanse numerosos ejemplos, que van desde la aplicación que la administración Roosevelt hizo de las teorías de Keynes para enfrentar la Gran Depresión a inicios de la década de los años 30, hasta la implementación de los sistemas y fórmulas neoliberales articulados en programas por la Escuela de Chicago, por parte de las burguesías transnacionales y grupos de interés latinoamericanos en los 80 y 90. Sin embargo, consultar a los científicos no significa que el sistema político o el Estado estén más abiertos a la razón o a la evidencia científica. Véanse los ejemplos de Porfirio Díaz y los llamados “científicos” en el México de 1900-1910; de Truman y los físicos nucleares dirigidos por Oppenheimer en el proyecto de Los Álamos a inicios de los 40; de John Kennedy y su equipo de asesores reclutados en universidades de la élite norteamericana, conocidos como *the best and the brightest*, a principios de los 60.

Estas experiencias muestran que los gobiernos eligen modelos científicos y escuelas de pensamiento que les resultan adecuados, en medio de una diversidad de alternativas y matices posibles, respondiendo a sus propias razones. La decisión no depende tanto del consenso de los científicos ni de la consistencia de las teorías, sino de visiones, posiciones e intereses preestablecidos.

Esto no significa que los políticos no entiendan, o incluso puedan compartir, el razonamiento de los científicos, sobre todo siendo ambos intelectuales orgánicos al sistema. Se trata de que sus roles sociales, y las necesidades que ambos campos de actividad plantean, resultan disímiles. El reino por excelencia de la política se percibe como el corto plazo, la respuesta ante los desafíos de la coyuntura. Cuando escuchamos “esa puede ser una solución, pero este no es el momento de aplicarla”, o bien “no hay que ser ingenuo sobre el uso que podría dársele a esos datos”, estamos ante esa lógica. A pesar de ello, como sabemos, los grandes políticos se caracterizan por su capacidad para ver más allá, y vislumbrar las consecuencias a largo plazo de sus decisiones –o de la falta de ellas. Por su parte, cuando los científicos identifican causas de fondo y recomiendan acciones que las afronten, no están desconociendo necesariamente las posibles consecuencias políticas inmediatas de sus propuestas. Todas las políticas, como los medicamentos, generan efectos secundarios. De cualquier manera, finalmente, el orden establecido predetermina la sanción última sobre una razón y otra.

¿Significa esto que este diálogo resulta inviable o estéril? La expectativa de los científicos podría ser la de que es posible que ambos aprendan. Es lógico que ante el conocimiento insuficiente de un problema por parte de los políticos, exista inseguridad sobre consecuencias indeseables de las acciones a emprender. No hay que olvidar que el campo de operaciones de estos es la sociedad, no un laboratorio, y la ignorancia puede desalentar la toma de ciertas decisiones. En la medida en que el tomador de decisiones esté más familiarizado con un tema, pueda dominarlo y pensarlo en todos sus matices, podrá sentirse más cercano a experimentar con una política. Ambos, el educador científico y el político, necesitan ser educados.

Por otra parte, es necesario tener presente que las políticas no se limitan a las ejercidas por los órganos de gobierno, sino que incluyen las inherentes a las propias instituciones. ¿No tienen estas sus visiones y prácticas propias? ¿No disponen de espacios de realización diferenciados? ¿No generan prácticas, tradiciones y culturas institucionales y espaciales particulares? ¿No se relacionan de manera diferenciada con el Estado y sus estructuras? ¿No representan, a veces, grupos, sectores sociales y corrientes de pensamiento distintas?

Estas diferencias propias de la naturaleza y de los campos específicos de las instituciones donde se agrupan los científicos y otros pensadores, dan lugar a intersticios y desfases que complejizan las relaciones entre la producción de conocimiento y sus aplicaciones sociales. Por más que este entramado institucional responda hacia arriba a un ordenamiento estatal, en él la línea que divide a la sociedad política y la sociedad civil puede hacerse muy tenue.

Esta condición particular del trabajo científico en un país como Cuba tiene implicaciones sobre la capacidad de los investigadores para contribuir al desarrollo social. Parafraseando una expresión puesta en circulación por el Che Guevara: la cuestión no se limita a comprender que no está en la naturaleza de los olmos dar peras, sino al mismo tiempo, en apreciar la importancia de seguir sembrando nuestros perales.

Políticas para la equidad social y el bienestar.

Si bien es cierto que el retardo sufrido en determinados periodos por nuestras ciencias sociales ha dado lugar a que estas se puedan encontrar a veces *detrás* de algunos aspectos y problemas que marcan el estado del conocimiento y el debate científicos a nivel internacional, en materia de políticas sociales estamos de vuelta de una larga y sostenida experiencia, y de un caudal de problemas y lecciones, que se han acumulado a lo largo de casi medio siglo.

El crecimiento global de los servicios sociales y la extensión de la equidad constituyen dimensiones cardinales de un desarrollo que siempre hay que medir en términos relativos. En 1959, en Cuba había más aparatos de radio que en todo Brasil, y La Habana tenía más estaciones que Buenos Aires. Desde este punto histórico de partida crecería verticalmente el bienestar y se expandiría en sentido horizontal la equidad, así como las políticas sociales que los acompañaron.

Desde esta perspectiva, sería necesario, en primer lugar, calibrar el significado actual del bienestar social. En los primeros años 60, la revolución fundó su consenso en la elevación de ese bienestar para la mayoría, así como de la seguridad social y el consumo, estableciendo un nuevo patrón de partida para las generaciones posteriores. Ahora bien, ¿cuál es hoy ese patrón de bienestar, por ejemplo, para la población de la

capital? ¿Es el mismo para los jóvenes, las mujeres, los jubilados? ¿Se trata de disponer de suficientes pesos convertibles para comprar en las tiendas, o vivir con el nivel de consumo que tenían los graduados universitarios en los 80, o acceder a los estándares que prevalecen en los enclaves turísticos? ¿Se lograría si subieran un 20% los salarios, para poder compensar los precios de la canasta básica?

En segundo lugar, ¿qué piensan los ciudadanos cubanos de esa equidad hoy? ¿En qué medida su definición corresponde con un valor vivo en su cultura en 2005? ¿Cómo se mide, se percibe y se consigue? ¿Cuáles son las condiciones que la fundamentan? ¿En qué medida han superado las que imperaban bajo el período que llaman del "igualitarismo"? ¿Es que la fórmula "de cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo" sigue estando vigente, tanto en el espíritu de lo que se considera justo por la gente, como en las políticas reales?

En tercero, si --como nos recordaba María Isabel Domínguez-- las nuevas políticas sociales están más focalizadas, es necesario preguntarse por la extensión y el calado de este cambio, no solo en términos de los grupos y territorios que son sus blancos, sino de sus estilos de formulación e implementación. ¿Reflejan en sus prioridades y abordaje de problemas locales la participación de los grupos y comunidades afectados? ¿Esta focalización implica una mayor descentralización?

Un cuarto aspecto tiene que ver con las relaciones entre los objetivos y medios de estas políticas. ¿En qué medida pueden aumentar por separado los estándares de educación y salud sin que mejoren consistentemente otros, como por ejemplo, la vivienda? ¿Pueden resolverse los problemas de la salud y la educación en condiciones de deficientes servicios higiénico-sanitarios, hacinamiento familiar, espacios urbanos donde se reproduce crónicamente la cultura de la marginalidad o prolifera la delincuencia? ¿Qué es más prioritario como criterio de gasto social con vistas a enfrentar las epidemias y el delito: las campañas de eliminación de vectores y el incremento de las fuerzas del orden, o la construcción y reparación de viviendas y el abastecimiento de agua?

Una quinta observación: ¿No hay movilidad social hoy, como sí ocurría en los años 80, o más bien hay otra? ¿Por qué circuitos pasa ahora esa movilidad? ¿Cómo se ha reestructurado el mapa de los accesos, no solo al bienestar, sino al consumo y al alto consumo? ¿Se trata solo de los canales ilegales, el robo institucionalizado, el trapicheo, eso que se suele llamar la corrupción cotidiana, la violación de normas o leyes que un ciudadano puede ejecutar diariamente? ¿O incluyen también nuevas rutas o atajos, que representan posiciones especialmente ventajosas, y que son parte de un orden institucional emergente?

Una última ronda de problemas apunta a la cuestión fundamental del control social, asunto cuya centralidad para la construcción de nuevas políticas sería difícil exagerar -y que merecería todo un taller. ¿Qué tipo de mecanismos de control social se ponen en juego para restablecer la equidad, para mantener la ley y el orden, la probidad administrativa, el respeto a la propiedad, el sentido de responsabilidad social? ¿Se corresponden estas medidas con las nuevas condiciones sociales y la forma de la reproducción económica emergente de la crisis de los 90? ¿Son consistentes con los cambios en la cultura ciudadana? Porque, como todos sabemos, esta cultura ha cambiado respecto a los 70 y 80.

La investigación de las políticas sociales podría tener presente que el bienestar y la equidad no están separadas de la necesidad de nuevas formas de control social, que puedan resultar menos administrativas, centralizadas y burocratizadas, y concedan un peso principal a concepciones y modalidades más participativas y redistributivas, no solo del ingreso y la riqueza que la sociedad genera, sino del poder.